

## **Domingo XXIII. Año C**

### **Lectio divina sobre Lc 14, 25-33**

---

Tras un tiempo de misionar por Galilea, Jesús había cosechado un relativo éxito. Rodeado constantemente por un grupo de discípulos, era buscado por gente que deseaba oírle hablar de Dios y alcanzar curación para sus males. En cierta ocasión, de camino hacia Jerusalén, Jesús quiso aprovechar que una gran muchedumbre le seguía para advertir a sus discípulos más cercanos sobre el precio que han de pagar los que le siguen. Con ello indicaba a todos, al gentío lo mismo que a sus partidarios, que, para buscarle, no basta con tener necesidad de él y que, para seguirle, no es suficiente ilusionarse con sacar algún provecho. Antes al contrario, las consecuencias del seguimiento son en extremo gravosas. Adelantándolas, Jesús quiso que sus seguidores se tomaran un tiempo antes de decidir si continuaban con él. Y es que no deseaba, ni desea, ser seguido por inconscientes que no saben dónde van ni a qué están avocados si continúan tras él. No le importaba a Jesús que fueran muchos sus discípulos, pero sí que se hicieran responsables de las consecuencias. Y libres de seguirle.

---

**En aquel tiempo, <sup>25</sup> mucha gente acompañaba a Jesús; él se volvió y les dijo:**

*<sup>26</sup> "Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío."*

*<sup>27</sup> "Quien no lleve su cruz detrás de mí no puede ser discípulo mío."*

*<sup>28</sup> "Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla? <sup>29</sup> No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran, <sup>30</sup> diciendo: "Este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar." <sup>31</sup> ¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombres podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil? <sup>32</sup> Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados para pedir condiciones de paz."*

*<sup>33</sup> "Lo mismo vosotros: el que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío"."*

---

#### **I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice**

Ha de llamar la atención que un día Jesús dirigiese una tan dura instrucción, exigente en extremo, sobre el seguimiento a cuantos, discípulos o no, compartían camino con él. Le bastó sentirse acompañado por una muchedumbre, para ponerla en guardia sobre las condiciones que ha de cumplir cualquiera que desee ser su seguidor. La gente que caminaba con él *ya le seguía*. Jesús, al parecer, no se conformaba con ser simplemente acompañado. Quería mayores, inauditas, renunciadas. Y se lo dijo de frente, 'volviéndose' a ellos.

Son tres las condiciones que propone a la gente y lo hace de forma lapidaria, sin rodeos ni eufemismos. Además, y es significativo, las tres están formuladas en negativo: *no puede ser discípulo* quien no lo prefiere a cualquier otro (Lc 14,26), quien no lleva su cruz propia (Lc 14,27), quien no renuncia a todo lo que posee (Lc 14,33). Quien no sea capaz de cumplir las tres, no puede soñar siquiera en seguirle, aunque *ya*, de hecho, *le esté siguiendo*.

Únicamente la primera sentencia de Jesús, la más elaborada y antinatural, es una condicional. Ningún deber, por sagrado que sea, ha de ser más vinculante que la opción por tenerle como compañero: seguirle convierte en secundario amar a padres, hermanos e, incluso, a uno mismo (¡!). Hay que notar que la primacía de amor que Jesús merece no es previa ni posterior, sino simultánea: no hay que dejar de amar a la familia para después acompañar a Jesús; ni hay que seguir a Jesús para lograr, después, amarlo más que a los propios seres queridos. Mientras le acompaña, el corazón del discípulo no puede mantener al mismo nivel otros amores, tan naturales y sagrados como el amor a la familia y a uno mismo.

La segunda y tercera sentencia de Jesús son breves, ambas en negativo. Puede seguirle quien pueda cargar su cruz y renunciar a sus bienes. Dos detalles no insignificantes no deben pasar desapercibidos, pues incluyen cierta novedad. La cruz que hay que cargar es la propia, pero hay que llevarla *detrás de él*: no es cualquier cruz, es la cruz que tiene quien le sigue, la cruz que se obtiene por seguirle. La renuncia a los bienes no es genérica, ni es un propósito futuro: los bienes son los que se tienen, los propios, sin excluir ninguno. La renuncia es total.

Ante tamaña exigencia Jesús invita, con un doble símil (el constructor de una torre, el rey en guerra), a pararse a pensar si merece emprender un camino que puede terminar inacabado o mal. Cuanto más elevado sea el precio a pagar, más prudencia requiere el hacer negocio. Jesús no quiere seguidores entusiasmados pero poco lúcidos.

#### **II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

Muchos de entre los que acompañaban a Jesús a Jerusalén no podían sospechar la suerte que le esperaba. Jesús hace un alto en el camino para advertirles: de ahora en adelante, no le ha de acompañar quien quiera, ni siquiera quien haya sido por él querido, sino sólo quienes estén dispuestos a pagar el precio debido. No deja de sorprender que esto lo diga a una muchedumbre que ya le sigue y no a unos pocos, sus más inmediatos seguidores. Cuando va a radicalizar sus exigencias,

amplía el auditorio; siendo tan drástica su pretensión, la hace opcional. De ahora en adelante sólo le seguirán quienes estén sean tan libres como para poder renunciar a lo mejor que tienen, toda su familia y sus bienes, todos. Hay que agradecer a Jesús que no se nos imponga cuando impone unas condiciones tan sobrehumanas, que nos deje libres cuando nos va a exigir liberarnos de todo lo mejor que tenemos. Jesús ha hecho 'opcional' el seguimiento, cuando anuncia lo que ha de costar. Jesús ha extendido a todos la posibilidad de seguirlo, cuando ha puesto las condiciones. Quien no es capaz de renunciar a lo máximo (familia toda y todo lo que posea), no puede seguir a su Señor.

Y Jesús, adelantándoles las exigencias, quiso que sus seguidores se tomaran un tiempo antes de decidirse por continuar con él; y es que no deseaba, ni desea, ser seguido por inconscientes que no saben dónde van ni a qué están avocados si continúan tras él; no le importaba a Jesús que fueran muchos sus discípulos, pero sí que se hicieran responsables de las consecuencias.

Lo que Jesús pide a quien desee seguirle, dicho sea sin eufemismo, es una barbaridad. Por más que rebajemos el radicalismo de sus palabras, no es de recibo que, para llegar a ser meros discípulos suyos, nos pida - ¡y como condición previa! - que amemos a nuestros seres más queridos menos que a él. Ni siquiera Dios, en el decálogo, se había atrevido a tanto; es verdad que Dios nos mandó amarle en primer lugar y sobre todas las cosas, pero también nos obligó a querer a nuestros padres y al prójimo como a nosotros mismos. Esperando que se le prefiera a él antes que a cualquier otro, Jesús desea de sus discípulos mucho más de cuanto un maestro suele, y puede, pedir; exigiendo un amor tan exclusivo como excluyente, condena a quien quiera seguirle a no perseguir otros amores por dignos y necesarios que sean.

Que el amor paterno o el filial, el amor de hermano o el de los esposos haya de ceder ante el amor que a él se le debe como maestro es una pretensión inaudita, si es que posible. No es, ciertamente, un requisito normal, ni fácil de cumplir. Aunque es verdad que Jesús no impone renunciar a cualquier amor, es insólito que exija de sus seguidores ser por ellos mejor amado que los más amados; no se contenta con ser uno más entre las personas apreciadas de los suyos, ha de ser el primero y principal de ellas. Ni siquiera puede el discípulo amarse a sí mismo más que a su Señor: la propia vida del discípulo no vale tanto como el amor a su maestro. Y que ello sea condición opcional, hace más libre la decisión por seguirle, pero no facilita lo más mínimo su seguimiento.

Por si alguna duda quedara, para suprimir de raíz cualquier excusa, añade a continuación que no es digno de seguirle quien no le siga cargando la cruz. Seguir a quien, camino de Jerusalén, camina hacia su cruz, impone seguirle con la propia cruz ya lo ha repetido a los suyos varias veces (Lc 9,22-23.44). No sólo espera Jesús de sus discípulos que le sean fieles cuando llegue el momento de padecer; les pide que hagan ese camino cargando cada uno con su cruz. No se trata, pues, de que la cruz de Jesús no nos cause escándalo y deserciones; se trata, más bien, de que sólo será compañero suyo quien tome su propia cruz. Seguir al que va a ser crucificado exige portar la cruz propia. Jesús no pretende de los suyos que le sigan hasta el Calvario, sino que caminen con él soportando sus cruces. Quien sigue a uno que va a ser crucificado no puede salir indemne: desembarazándose del dolor que da la cruz no se camina detrás de Jesús.

Por más dura que pueda parecernos, no deja de ser lógica la exigencia: el discípulo no es más que su maestro; el cristiano no puede salir mejor parado que Cristo; la vida del seguidor ha de seguir el camino recorrido por su Señor. Quien hace ascos a la cruz y la rehúsa, quien no está dispuesto a aceptarla ni carga con ella, puede que sea una bellísima persona, pero no llegará a ser un buen discípulo. No es la cruz de Cristo la que hay que llevar: ésa - pequeña, como un juguete - ya la llevamos todos, sin que nos pese; hay que cargar con la propia, la que tanto nos duele porque es sólo nuestra. Jesús ha reducido su magisterio a la ascensión de la cruz; quien la carga, es su discípulo.

Tan radicales son las condiciones que el mismo Jesús invita a quien piensa seguirle a que se tome tiempo y se lo piense sin prisas. De ahí que añada dos parábolas breves que insisten en la necesidad de medir las propias fuerzas antes de tomar la decisión de seguirle. Precisamente porque quiere una decisión consciente de quien le sigue, no quiere que le sigan a ciegas; han de sopesar si tienen energía suficiente para estar a la altura de las exigencias. No se puede decir que Jesús no nos haya avisado. Hay que tomarle en serio, cuando nos urge a tomarnos un tiempo para pensárnoslo y comprobar si realmente tenemos la suficiente capacidad - como la de constructor - y las fuerzas disponibles - como las del rey. En el camino de discipulado Jesús ha establecido dos etapas: la, primera, la del 'sígueme' inicial y la segunda, la del que "si alguien quiere seguirme". En la primera podría basta la atracción personal y la curiosidad que despierta su persona; en la segunda, sólo se quedan quien no se queden con nada con tal de no perderle. ¿Dónde estoy yo? ¿Sigo prendado de Jesús por cuanto dice o cuanto hace? ¿O sigo a Jesús, porque ya he dejado cuanto tenía? Puedo decir que seguirle me está costando algo, que estoy renunciando a alguien con tal de quedarme con él? Sabré cuánto me es 'precioso' seguir a Jesús cuando sepa cual es el precio tengo que pagar por seguirle.

No basta, pues, la buena voluntad, por mucha que se tenga. Hace falta que sean suficientes los recursos y las fuerzas. Jesús no quiere engañar a cuantos le siguen con falsas promesas ni escondiéndoles la verdad: desea que sus discípulos, antes de decidirse, conozcan las consecuencias y asuman los riesgos. Precisamente porque va a exigir demasiado de sus seguidores, los quiere conscientes y libres. Es todo un detalle de su parte, que deberíamos agradecer, acogiendo su invitación a pensárnoslo despacio. No quiere discípulos Jesús que se asemejen al hombre que se puso a edificar sin tener la seguridad de que acabaría la obra; por no haber considerado antes si contaba con todo lo que le hacía falta, se quedó con la casa a medio hacer; lo único que hizo fue el ridículo ante sus conocidos. Más grave fue el caso del rey que lideró una guerra sin

imaginar siquiera que su adversario podría llegar mejor preparado para la batalla; salió derrotado no porque no hubiera tenido fuerzas suficientes sino porque no previó que su antagonista iba a disponer de ellas; perdió el reino, por no haber usado prudencia y los medios que tenía. Jesús quisiera ahorrar a los suyos la vergüenza que proviene de dejar las cosas a medias y el desastre de no ganar la batalla decisiva. Por eso nos avisa de que no va a ser fácil seguirle; por eso quiere saber si tenemos todo lo que se precisa para acabar lo que iniciamos, cuando nos lanzamos en pos de él. En lugar de contentarse con que le sigamos, nos pregunta si vamos a poder seguirle o, mejor aún, insiste en que nosotros nos lo preguntemos.

Con su advertencia nos da a entender que es consciente de lo extremadas que son sus exigencias; antes de que nosotros las suframos en carne viva, nos permite conocerlas de antemano y ver si estamos de acuerdo con ellas. No quiere Jesús verse rodeado de gente con mucha ilusión y escasa responsabilidad, que haya quedada entusiasmada por sus promesas sin que asuma sus condiciones; ni pretende ser seguido por personas que, luego, se sientan engañadas, por haberse comprometido con él sin conocer previamente los costos del seguimiento. El seguimiento de Jesús es un asunto grave y ha de ser afrontado con seriedad; lo que se nos va a pedir no es poco ni cómodo, y Jesús nos da un tiempo antes de aceptarlo. Y es que, en verdad, hace falta pensárselo. Antes de pedirnos que viéramos si somos capaces, ya había exigido de sus discípulos que no amaran a nadie más que a él: ninguno de los seres que nos son más queridos han de ser preferidos a él. Después de darnos un tiempo de reflexión, exige que no tengamos otro bien diverso de él: la enajenación de todos los bienes puede resultarnos imposible, pero es condición ineludible del seguimiento. Así como no va a soportar que compartamos nuestro corazón con personas queridas, no permite que consideremos buenas cosas que lo son de verdad pero que no le hacen a él nuestro mayor bien. Podemos entender el empeño en que no nos tomemos a la ligera el seguimiento, porque no son ligeras sus imposiciones: del discípulo Jesús espera que no ame a nadie tanto como a él, que no considere ninguna cosa mejor que él. No se conforma Jesús con que le sigamos adondequiera que vaya; exige ser el primero de nuestros amores y el mayor de nuestros bienes. ¡Alto precio para ser simple discípulo! Precisamente por ello, haríamos mejor en pensárnoslo un poco más.

Acompañar a Jesús impone la renuncia a los bienes mejores de esta vida. No quiere Jesús ser compatible con otras pasiones, por más buenas, naturales, que sean. Él es lo mejor – mejor que la mejor de las familias, mayor que los mayores bienes - que han de tener sus discípulos. Sólo quien es capaz de renunciar, sabe que ama; y quien ama, renuncia sin que le duela dejar lo que es bueno, porque obtiene así algo – alguien – mejor. ¿Con qué capacidad para la renuncia vivo mi vida cristiana? ¿Cristo es para mí suficiente razón para poder poner en segundo lugar todo lo bueno que tengo en la vida?

No se puede negar que las condiciones que pone Jesús, cuando hace opcional el seguimiento, son casi inhumanas. Superada la sorpresa, el discípulo sabe contar con su maestro como única posesión y viático, si para él no cuentan nada las demás cosas y personas. Habrá que pensárselo dos veces, antes de declararse dispuesto a seguirle a cualquier costo. Pero no cabe duda que valdrá la pena – y la cruz – tener a Jesús como compañero y guía de la vida. Al seguidor Jesús le exige más amor que el que se siente por la propia familia, mayor apego que el que se tiene a lo que es bueno y bello. No pide que odiamos a los que queremos y que no tengamos bienes que nos son dados; sólo - ¿sólo? – exige que a nadie amemos más que a él y no demos por bueno algo que él no sea.